



1912

En la extrema izquierda, el trasatlántico *Titanic*, durante sus pruebas en Belfast, poco antes de su primer viaje en abril de 1912. Un hombre que había sacado pasaje para ese viaje, el honorable J. Cannon Middleton, había soñado—en dos noches sucesivas antes del viaje—que el barco se hundía y la gente se debatía en el agua. Cuando, días más tarde, razones de negocios sugirieron la conveniencia de posponer el viaje, el honorable J. Cannon aprovechó con gusto esa oportunidad. En esa coyuntura—una semana antes de la partida de la nave—, relató su sueño a su esposa y a varios amigos. Como es sabido, el *Titanic* se hundió en el curso de su primer viaje, perdiéndose más de 1.500 vidas. (A la izquierda, una escena del hundimiento, de la película alemana *Titanic*, de 1943.) La coincidencia es una explicación improbable en este caso, porque ha de recordarse que Middleton tuvo idéntico sueño durante dos noches consecutivas.

pronto los ejemplos de este efecto, el más extraño y aparentemente el más irracional de todos los trucos del Tiempo. Por último, aunque en este punto no estoy preparado para explicar cómo puede influir el futuro sobre el presente, sí quiero declarar con toda firmeza mi creencia de que así sucede.

3

Ahora podemos volver a los montones de cartas B y C, ya descritos. He estado hurgando con bastante cuidado en el montón C, que debe reunir ya unas seiscientas o setecientas cartas. (A este montón es adonde van a parar la mayoría de las cartas que todavía llegan, porque es el que les corresponde.) También he estado examinando un librito, publicado en 1937, titulado *Some Cases of Prediction*, por Dame Edith Lytton. No me propongo entrar en el análisis de este libro, que, después de todo, es solo uno más entre muchos; pero sugiere una comparación que se me antoja importante. La señora Edith, miembro de una conocida familia, mujer dedicada a los asuntos públicos, presidenta de la Sociedad para la Investigación Psíquica 1933-34, dio una conferencia radiofónica sobre la predicción y rogó a sus oyentes que le escribiesen contándole sus propias experien-

cias. Después de examinar los casos que la señora Edith expone (los cuales incluyen ejemplos justamente desechados como casos de coincidencia o telepatía), me parece evidente que la respuesta a su llamamiento, hecho en 1934, fue mucho más reducido y mucho menos interesante que la respuesta al llamamiento, no hecho directamente por mí, sino en mi nombre, en el programa *Monitor* de televisión, en 1963.

Pudiera ser que el auditorio de *Monitor* fuese mucho más amplio, aunque el programa aparece a última hora del domingo y no es uno de los grandes programas de la B.B.C. en las horas punta. Por otra parte, una charla radiofónica en 1934 tenía que enfrentarse con una competencia mucho menor; su título seleccionaba su auditorio, y la señora Edith era una personalidad. Así, pues, ¿no es probable que la notable diferencia entre estas dos respuestas pueda explicarse por una diferencia similar entre los oyentes de 1934 y los telespectadores de 1963?

Pienso que, durante estos treinta años, aunque la presión de la opinión convencional contra cualquier idea de predicción puede haber seguido siendo muy similar, cada vez más personas, resistiendo a esa presión, han pasado por experiencias que anhelan comunicar si no

a familiares socarronamente sonrientes o bostezantes, sí a *alguien*. Confieso que debo algo a la segunda guerra mundial, que (principalmente porque irrumpió a través de la rutina, separó a las gentes, agitó emociones) proporciona el fondo de tantos ejemplos de precognoimiento, premonición, telepatía y clarividencia que me han sido enviados. Sin embargo, aun después de hacer esta concesión a la segunda guerra mundial, la diferencia sigue siendo notable y muy significativa. En el curso de esos años, algo había empezado a agitarse.

Al azar, he ido extrayendo cartas del enorme montón C, para someter a prueba mi juicio original, que podría haberse enturbiado tras horas y horas de abrir y leer misivas. Pero, hasta ahora, santo y bueno. En esta categoría, como sugerí anteriormente, están primero los sueños ofrecidos como precognoscitivos que podrían explicarse por la telepatía (la cual no niego, pero a la que debo mantener al margen del Tiempo), por coincidencia o por una memoria defectuosa y autoengaño inocente, secretamente alentado por el deseo de lo maravilloso. Después, como dije antes, están todas las premoniciones, las extrañas «corazonadas» que se cumplieron, el «ver las cosas en el tiempo a la vuelta de la esquina» que muchas

personas afirman pueden hacer, el vislumbrar el futuro estando despiertos y todas las variadas y extrañas experiencias respecto al Tiempo, no fáciles de explicar y tampoco fáciles de demostrar.

Algunas de estas últimas son inexplicables y pequeñas anticipaciones en el tiempo. He aquí una de ellas:

La única vez que el tiempo se desplazó para mí ocurrió cuando estaba trabajando como doncella en un lugar llamado Dunraven Castle, en el sur de Gales. Estábamos tres personas en el cuarto de la servidumbre, poco después de la comida del sábado: Hans, el pinche; Renate, la doncella jefe, y yo. El suelo de la habitación era de un color de terracota naranja. Vi a Renate coger una jarra, una jarra blanca, de crema de chocolate. Al volverse para entregárselo a Hans, se le cayó de las manos. La jarra se hizo pedazos y la crema de chocolate formó una figura claramente definida en el suelo, algo parecido al diagrama de una amiba, según se representa en los textos escolares de biología. Mientras la contemplaba, la escena se fundió y en seguida, como en una repetición cinematográfica, se inició de nuevo. ¡Era aterrador! Recuerdo que grité a Renate, en el momento en que esta cogía la jarra, que no la tocara, y chillé horrorizada mientras veía cómo la crema de chocolate formaba su predestinada figura en el suelo anaranjado. Procuré explicarles cómo había visto desarrollarse aquella escena un par de segundos antes de que sucediera realmente, y, naturalmente, ellos dijeron que, si yo no hubiera gritado, aquello *no habría* sucedido.